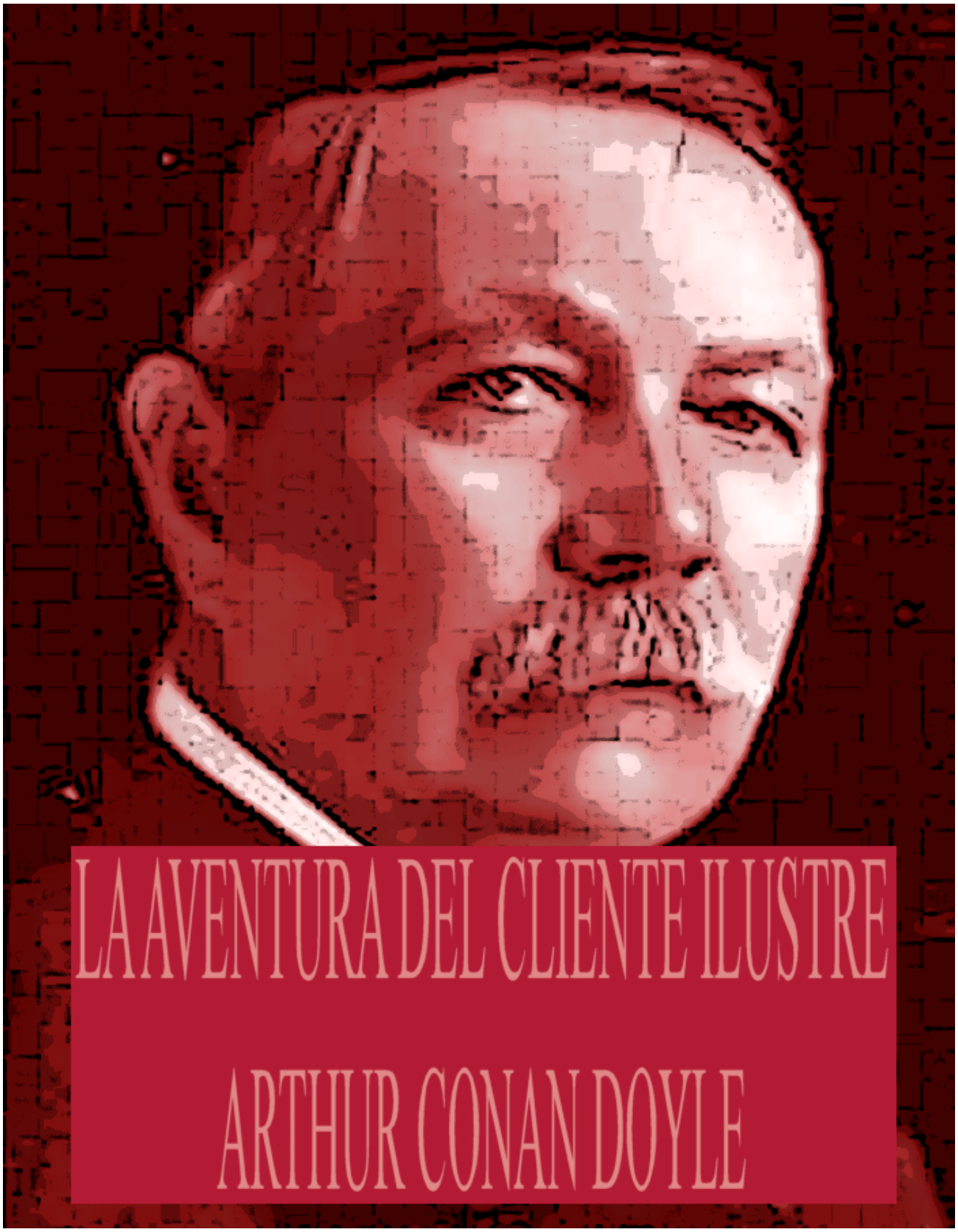
LA AVENTURA DEL CLIENTE ILUSTRE
ARTHUR CONAN DOYLE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

LA AVENTURA DEL CLIENTE ILUSTRE

Hoy ya no puede causar perjuicio. fue la contestación que me dio Sherlock Holmes cuando, por décima vez en otros tantos años, le pedí autorización para hacer público el relato que sigue. Y de ese modo conseguí permiso para dejar constancia de lo que, en ciertos aspectos, constituyó el momento supremo de la carrera de mi amigo.

Lo mismo Holmes que yo sentíamos cierta debilidad por los baños turcos.

Fumando en plena lasitud del secadero, he encontrado a Holmes menos reservado y más humano que en ningún otro lugar. Hay en el piso superior del establecimiento de baños de la avenida Northumberland un rincón aislado con dos meridianas a la par una de otra, y en ellas estábamos acostados el día 3 de septiembre de 1902, fecha en que da comienzo mi relato. Yo le había preguntado si había algún asunto en marcha, y él me contestó sacando su brazo largo, enjuto y nervioso, de entre las sabanas en que estaba envuelto, y extrayendo un sobre del bolsillo interior de la chaqueta, que estaba colgada a su lado.

-Puede lo mismo tratarse de algún individuo estúpido, inquieto y solemne, o de un asunto de vida o muerte

-me dijo al entregarme la carta-. Yo no se más de lo que me dice el mensaje.

Procedía del Carlton Club y traía la fecha de la noche anterior.

Esto fue lo que yo leí: Sir James Damery presenta sus respetos a míster Sherlock Holmes, e irá a visitarle a su casa, mañana a las 4.30. Sir James se permite anunciarle que el asunto sobre el que desea consultar con míster Holmes es muy delicado y también muy importante.

Confía por ello en que míster Sherlock Holmes haga los mayores esfuerzos por concederle esta entrevista, y que la confirmará llamando por teléfono al Club Carlton.

-No hará falta que le diga, Watson, que la he confirmado

-me dijo Holmes al devolverle yo el documento-. ¿Sabe usted algo del tal Damery?

-Lo único que sé es que ese apellido suena todos los días en la vida de sociedad.

-Yo no puedo decirle a usted algo más que eso. Lleva fama de ser un especialista

en el arreglo de asuntos delicados que no conviene que aparezcan en los periódicos.

Quizá recuerde usted sus negociaciones con sir George Lewis a propósito del testamento de Hammerford. Es un hombre de mundo que tiene dotes naturales para la diplomacia. Por ello no tengo más remedio que suponer que no se tratará de una pista falsa, y que, en efecto, le es precisa nuestra intervención.

-¿Nuestra?

-Si quiere ser usted tan amable, Watson.

-Me sentiré muy honrado.

-Pues entonces, ya sabe la hora; las cuatro y treinta. Podemos, pues, apartar el asunto de nuestra atención hasta esa hora.

Vivía yo por aquel entonces en mis habitaciones de la calle de Queen Anne, pero me presenté en la calle Baker antes de la hora indicada. Era la media en punto cuando fue anunciado sir james Damery. Apenas si hará falta describirlo, porque son muchos los que recordarán a aquel personaje voluminoso, estirado y honrado, aquella cara ancha y completamente afeitada, y sobre todo, aquella voz agradable y pastosa.

Brillaba la franqueza en sus grises ojos de irlandés, y en sus labios inquietos y sonrientes jugueteaba la jovialidad. Todo pregonaba su cuidado meticuloso por el bien vestir que le había hecho célebre, su lustroso sombrero de copa, su levita negra; en fin, los detalles todos, desde la perla del alfiler de su corbata de raso negro, hasta las polainas cortas de color espliego sobre sus zapatos de charol. Aquel aristócrata corpulento y dominador se enseñoreó de la pequeña habitación.

-Esperaba, desde luego, encontrarme aquí con el doctor Watson

-dijo, haciéndome una reverencia cortés. Su colaboración pudiera ser muy necesaria en esta ocasión,

porque nos las tenemos que ver con un individuo familiarizado con la violencia y que no se para en barras. Estoy por decir que no hay en Europa un hombre máspeligroso.

-Ese calificativo ha sido aplicado ya a varios adversarios míos

-dijo, sonriente, Holmes

- ¿Fuma usted? Pues entonces, me perdonara que yo encienda mi pipa.

Peligroso de veras tiene que ser ese hombre de que habla, para serlo más que el profesor Moriarty, a muerto, o que el aún vivo coronel Sebastián Morán. ¿Podría saber su nombre?

-¿Oyó usted hablar alguna vez del barón Gruner?

-¿Se refiere al asesino austriaco?

El coronel Damery alzó las manos enguantadas en cabritilla rompiendo a reír:

-¡A usted no se le escapa nada, míster Holmes! ¡Es asombroso! ¿De modo ya, que lo tiene usted calibrado como asesino?

-Mi profesión me obliga a estar al día de los hechos criminales del continente.

¿Quién que haya leído el relato de lo ocurrido en Praga puede tener dudas acerca de la culpabilidad de tal individuo? Se salvó por una cuestión puramente de tecnicismo legal y por el fallecimiento sospechoso de un testigo. Tengo la misma seguridad que si lo hubiese presenciado con mis propios ojos de que él mató a su esposa cuando ocurrió aquel llamado accidente en el Paso de Splugen. También yo estaba enterado de que el barón se había trasladado a Inglaterra, y barruntaba que más pronto o más tarde me proporcionaría tarea. Veamos: ¿qué es lo que ha hecho este barón Gruner?

Me imagino que no se tratará de una exhumación de la vieja tragedia.

-No, es más grave que eso. Es importante que se castigue el crimen ya cometido, pero lo es más el evitarlo. Míster Holmes, es cosa terrible ver cómo se prepara delante de los ojos de uno mismo un acontecimiento espantoso, una situación atroz; darse cuenta clara de cuál será el final y verse del todo impotente para evitarlo.

¿Puede un ser humano verse en situación más angustiosa?

---Quizá no.

-Siendo así, creo que sentirá usted simpatía por el cliente en cuyo interés estoy actuando.

-No supuse que actuaba usted como simple intermediario. ¿Quién es el interesado?

-Míster Holmes, he de rogarle que no insista en esa pregunta. Es de la mayor importancia que yo pueda darle la seguridad de que su ilustre apellido no ha sido traído a colación en el asunto. Prefiere permanecer desconocido, aunque actúe por móviles caballerosos y nobles en el más alto grado. No hará falta que diga que sus honorarios están garantizados y que podrá actuar con absoluta libertad. ¿Verdad que carece de importancia el nombre de su cliente?

-Lo siento

-contestó Holmes

-. Estoy acostumbrado a que un extremo de mis casos esté envuelto en misterio, pero el que lo estén los dos extremos resulta demasiado expuesto a confusiones. Lamento, sir James, tener que rehusar a ocuparme del caso.

Nuestro visitante dio muestras de profundo desconcierto. La emoción y la desilusión ensombrecieron su cara ancha y expresiva, y dijo:

-Míster Holmes, es difícil que pueda usted darse cuenta del alcance de esa negativa suya. Me coloca usted en un dilema grave, porque tengo la seguridad completa de que si me fuera posible revelárselo todo, se sentiría usted orgulloso de encargarse del caso; pero me lo impide la promesa que tengo hecha. ¿Podría yo, por lo menos, exponerle todo lo que me está permitido?

-No hay inconveniente, a condición de que quede bien sentado que yo no me comprometo a nada.

-Entendido. En primer lugar, creo, sin duda, que habrá oído usted nombrar al general De Merville.

-De Merville... ¿el que se hizo famoso en Khyber? Sí, he oído hablar de él.

-Tiene una hija, Violeta de Merville, joven, rica, hermosa, culta, un prodigio de mujer en todo sentido. Pues bien; es a esta hija, a esta muchacha encantadora e inocente, a la que estamos tratando de salvar de las garras de un demonio.

-Eso quiere decir que el barón Gruner ejerce poder sobre ella, ¿verdad?

-El más fuerte de todos los poderes, tratándose de una mujer: el poder del amor.

Ese individuo es, como quizás haya oído usted decir, un hombre de extraordinaria hermosura, de trato fascinador, voz acariciadora y aparece envuelto en esa atmósfera de novela y de misterio que tanto atrae a la mujer. Se cuenta que no hay ninguna que se le resista y que se ha aprovechado ampliamente de ese hecho.

-Pero ¿cómo pudo un hombre de su calaña establecer trato con una dama de la categoría de miss Violeta de Merville?

-Fue durante una excursión en yate por el Mediterráneo. Los que en la misma participaban, aunque gente selecta, habían de pagarse el pasaje. Es seguro que los iniciadores no supieron la verdadera personalidad del barón hasta que fue ya demasiado tarde. El muy canalla se dedicó a cortejar a la joven, y consiguió ganarse su corazón de una manera completa y absoluta. Decir que ella le ama no es decir bastante. Está chiflada por él, está obsesionada con él. No hay nada para ella en el mundo fuera de ese hombre. No consiente en escuchar nada que vaya contra él. Se ha hecho todo lo que es posible hacer para curarla de su locura, y ha sido en vano.

Para resumirlo todo: tiene el propósito de casarse con el barón el mes que viene. Y como es ya mayor de edad y tiene una voluntad de hierro, resulta difícil idear una manera de impedírselo.

-¿Está enterada del episodio austriaco?

-Ese astuto demonio le ha contado todos los feos escándalos públicos de su vida pasada, pero lo ha hecho en todos los casos presentándose a sí mismo como un mártir inocente. Ella acepta la versión de Gruner y no quiere escuchar ninguna otra.

-¡Vaya! Bien pero creo que ha pronunciado usted sin darse cuenta el nombre de su cliente, que es, sin duda el general De Merville.

Nuestro visitante se movió nervioso en su silla.

-Míster Holmes, yo podría equivocarle diciéndole que sí, pero faltaría a la verdad.

De Merville es hombre ya sin energías. Este incidente ha desmoralizado por completo al veterano soldado. Perdió el temple que no le abandonó jamás en los campos de batalla, y se ha convertido en un hombre débil y vacilante, incapaz de hacer frente a un canalla lleno de brillantez y de ímpetu como es el austriaco. Mi cliente, sin embargo, es un viejo amigo que ha tratado íntimamente al general por espacio de muchos años y se interesa paternalmente por esta mocita desde que se vistió de corto. No es capaz de presenciar cómo se consuma esta tragedia sin realizar algún intento para evitarla. Scodand Yard no tiene base alguna para intervenir en este asunto. Fue sugerencia de esa persona la idea de que intervenga usted, aunque como ya he dicho con la estipulación expresa de que no apareciese envuelto personalmente en el caso. Yo no dudo, míster Holmes, de que poniendo en juego sus grandes dotes, le sería fácil seguir la pista que le llevaría hasta mi cliente con sólo seguirme a mí, pero he de pedirle como cuestión de honor que se abstenga de hacerlo y que no rompa su incógnito.

Holmes dejó ver una sonrisa muy especial, y contestó:

-Creo que puedo prometérselo con toda seguridad. Le agregaré que el problema que me trae me interesa, y que estoy dispuesto a examinarlo. ¿Cómo podré mantenerme en contacto con usted?

-El Club Carlton sabrá dar conmigo. Pero en caso de necesidad inmediata, hay un teléfono para llamadas reservadas: el equis equis treinta y uno.

Holmes tomó nota del mismo, y permaneció, sonriendo, con el libro de notas abierto encima de las rodillas.

-La dirección actual del barón, por favor.

-Vernon Lodge, cerca de Kingston. Es un edificio espacioso. Ha salido con suerte de algunas especulaciones dudosas, y es hombre rico, lo cual le hace un adversario tanto más peligroso.

-¿Está actualmente en su casa?

-Sí.

-Con independencia de lo que ya me ha explicado, ¿puede proporcionarme algún otro dato acerca de ese hombre?

-Es una persona de gustos costosos, criador de caballos; jugó una breve temporada al polo en Hurlingham, pero se habló del asunto de Praga y tuvo que retirarse. Colecciona libros y cuadros. Hay en su temperamento un importante aspecto de artista. Tengo entendido que está considerado como una autoridad en porcelana china, y ha publicado un libro sobre el tema.

-Una personalidad compleja -dijo Holmes-. Todos los grandes criminales la tienen.

Mi antiguo amigo Charlie Peace era un virtuoso del violín. Wainwright no era cualquier cosa como artista. Podría citar muchos más. Bien, sir James, informe a su cliente de que desde este momento concentro mi atención en el barón Gruner. No puedo decir más; dispongo de algunas fuentes de información propias mías, y creo que no han de faltarme algunos medios para iniciar el trabajo.

Una vez que se retiró nuestro visitante, permaneció Holmes sentado y sumido en profundas meditaciones durante tan largo rato que me pareció se había olvidado de mi presencia. Sin embargo, volvió de pronto con gran viveza a la realidad y me preguntó:

-Y qué, Watson, ¿no se le ocurre algo?

-Yo creo que lo mejor que puede usted hacer es entrevistarse con la misma joven.

-Querido Watson, ¿cómo voy yo, un desconocido, a salir airoso, si su pobre y anciano padre no ha conseguido influir en ella? Sin embargo, si todo lo demás nos falla, hay algo aprovechable en esa sugerencia. Pero creo que es preciso que empecemos desde un ángulo distinto. Me está pareciendo que Shinwell Jonson podría servirnos de algo.

Aún no se me ha presentado ocasión en estas Memorias de mencionar a Shinwell Johnson, porque sólo raras veces he entresacado mis casos de las últimas etapas de la carrera de mi amigo. Llegó a ser un colaborador valioso durante los primeros años de este siglo. Lamento decir que Johnson empezó por ganarse fama como maleante muy peligroso y cumplió dos condenas en Parkhurst. Más tarde se arrepintió y se alió con Holmes, actuando de agente suyo en el voluminoso mundo de los bajos fondos de Londres, y sus valiosas informaciones resultaron con frecuencia de vital importancia. Si Johnson hubiese sido un cimbel de la policía, pronto habría sido puesto al descubierto; pero como intervenía en casos que no llegaban nunca directamente a los tribunales de justicia, sus compañeros no advirtieron jamás sus actividades.

Con el brillo de sus dos condenas tenía acceso libre a todos los clubes nocturnos, tugurios y antros de juego, y su rapidez de observación y despierto cerebro lo convirtieron en un agente ideal para adquirir informes. En esta ocasión propúsose Sherlock Holmes recurrir a sus servicios.

No me fue posible seguir de cerca los pasos que dio a continuación mi amigo, porque tenía ciertos asuntos profesionales apremiantes propios míos; pero, de acuerdo con la cita que teníamos, me reuní con él aquella noche en Simpson,s, donde, sentados frente a una mesita en la ventana delantera y contemplando desde aquella altura la impetuosa corriente de vida que circulaba en el Strand, me refirió Holmes algo de lo que había ocurrido.

-Johnson anda de merodeo -me dijo-. Quizá reúna algunos elementos en los recovecos más oscuros de los bajos fondos. Es allí, entre las negras raíces del crimen, donde tenemos que ponemos a la caza de los secretos de este hombre.

-Pero si esa dama no acepta siquiera los hechos conocidos de todos, ¿cómo es posible que la retraiga de sus propósitos ningún descubrimiento nuevo que usted pueda hacer?

-Quién sabe, Watson. El corazón y la inteligencia de las mujeres son para nosotros, los hombres, enigmas insolubles. Es posible que la mujer perdone o se explique un asesinato, y sin embargo, la irrite algún pecadillo menos importante. El barón Gruner me hizo notar...

-¡Qué le hizo notar a usted!

-Bueno, ahora caigo en que yo no le hablé de mis planes a usted. Mire, Watson: a mí me gusta llegar al cuerpo a cuerpo con el hombre a quien persigo. Me agrada mirarle cara a cara y ver por mí mismo la materia de que está fabricado. Una vez que di mis instrucciones a Johnson, me hice llevar en coche a Kingston, y encontré al barón de un humor afabilísimo.

-¿Cayó en la cuenta de quién era usted?

-Ninguna dificultad le costó, por la sencilla razón de que yo le pasé mi tarjeta. Es un adversario excelente, frío como el hielo, de voz sedosa y acariciadora como la de uno de esos médicos de moda, siendo al mismo tiempo tan venenoso como una serpiente cobra. Tiene casta, es un verdadero aristócrata del crimen, de esos que producen superficialmente sugerencias de té de la tarde, de un té con toda la crueldad de la tumba detrás. Sí, estoy satisfecho de haber tenido que dedicar mi atención al barón Adelbert Gruner.

-¿Y dice usted que en dicha ocasión estuvo afable?

-Lo mismo que gato runruneante cuando cree estar viendo a un posible ratón. La afabilidad de ciertas personas es más mortal que la violencia de otras almas de mayor rudeza. Me acogió de manera característica, diciéndome: «Pensé, míster Holmes, que recibiría su visita más pronto más tarde. Sin duda que estará usted al servicio del general De Merville para que procure impedir mi matrimonio con su hija Violeta. Es eso, ¿verdad que sí?» Le contesté que así era en efecto, y él me dijo: «Querido señor, lo único que va a conseguir es echar a perder su bien ganada fama, Se trata de un caso en el que no hay posibilidad de que usted tenga éxito. Será el suyo un trabajo estéril, para no hablar de los posibles peligros que puedan acecharle.

Permítame que le aconseje con vivo interés que se haga a un lado inmediatamente. »

«Es curioso -le contesté- acaba usted de darme el mismísimo consejo que yo me proponía darle a usted. Yo respeto su inteligencia, barón, y ese respeto mío no ha disminuido con esta breve conversación nuestra. Permítame que le hable de hombre a hombre. Nadie pretende remover su pasado y colocarle en situación innecesariamente incómoda. Aquello pasó, y usted se encuentra ahora en aguas tranquilas; pero si Usted se empeña en este matrimonio, levantará en contra suya a un enjambre de enemigos poderosos que no le dejarán en paz hasta que la estancia en Inglaterra le resulte demasiado incómoda. ¿Lo vale verdaderamente el juego?

Créame, ganaría usted dejando tranquila a esa dama. Será poco agradable para usted que lleguen a conocimiento de ella los hechos de su pasado.» El barón luce debajo de su nariz unos tufitos de pelo abrillantado de cosmético, que producen la impresión de las antenas cortas de un insecto. Mientras me escuchaba, esos tufos de pelo se estremecían divertidos y acabó rompiendo a reír suavemente: «Míster Holmes, disculpe este buen humor -me dijo- Es realmente divertido ver que intenta hacer baza sin tener triunfo alguno en la mano. Creo que nadie le aventajaría, pero resulta, a pesar de todo, bastante patético. Míster Holmes, no tiene usted en la mano ni un solo triunfo; sólo cartas de lo más menudas.» «Eso es lo que usted cree.» «Eso es lo que me consta. Voy a ponérselo de manera que lo entienda, porque las cartas que yo tengo en la mano son tan fuertes, que puedo permitirme el lujo de enseñarlas.

He tenido la buena fortuna de ganarme por completo el cariño de esa dama. Me lo ha entregado a pesar de que yo le relaté sin ambages todos los desdichados incidentes de mi vida pasada. También le aseguré que existían ciertas personas malas y enredadoras.... espero que usted se dará por aludido, que se acercarían a ella a contarle todas esas cosas, y le advertí de qué forma debía tratarlas. ¿Ha oído usted hablar, mister Holmes, de la sugestión poshipnótica? Pues bien: va usted a ver sus fenómenos en la práctica, porque un hombre que tenga personalidad es capaz de emplear el hipnotismo sin nada de pases ni otra clase de comedias. De otro modo, pues, que ella le espera a usted: no me cabe la menor duda de que le otorgará una cita, porque se presta con amabilidad a los deseos de su padre; con excepción únicamente de nuestro pequeño asunto.» Pues bien, Watson: no creí que tuviese nada más que agregar, y me despedí con toda la fría dignidad que fui capaz de reunir; él me detuvo diciéndome: «A propósito, mister Holmes, ¿conocía usted a Le Brun, agente de policía francés?» «Sí», le contesté. «¿Sabe lo que le ocurrió?» «Oí decir que unos apaches le apalearon en el distrito de Mont-martre y le dejaron inválido para toda su vida.» «Muy cierto, míster Holmes. Da la curiosa coincidencia de que sólo una semana antes de ese hecho, el tal Le Brun había estado realizando investigaciones acerca de asuntos míos. No haga usted lo mismo, míster Holmes; es cosa que no trae buena suerte. Son varios los que ya lo han

comprobado. Lo último que le digo es esto: siga su propio camino y déjeme a mí seguir el mío, Adiós. » Ahí tiene usted, Watson; ya está usted al día de todo.

-Parece un individuo peligroso.

-Peligrosísimo. A mí no me impresionan los fanfarrones, pero este hombre pertenece a la categoría de los que se quedan en sus palabras por debajo de sus propósitos.

-¿Y es forzoso que usted intervenga? ¿Es de verdadera importancia que ese hombre no se case con la muchacha?

-Yo diría que tiene mucha importancia, pensando en que, sin género alguno de duda, asesinó a su última mujer. ¡Además, tenemos el cliente! Bueno, bueno, no hay necesidad de que discutamos este aspecto de la cuestión. Es preferible que me acompañe usted a casa una vez que termine de tomar el café, porque el ágil Shinwell estará ya allí con su informe.

Estaba, en efecto. Era un hombre corpulento, tosco, de cara rubicunda y aspecto escorbútico, con unos ojos negros vivaces que constituían la única señal exterior del alma por demás astuta que había en el interior. Por lo visto, había buceado en lo que constituía su reino característico y, allí, estaba, sentado junto a él en el sofá, un ejemplar que se había traído, consistente en una mujer joven, delgada y ondulante como una llama, de rostro pálido y cara de expresión intensa, juvenil, pero tan consumida por el pecado y el dolor, que en ella podían descubrirse los años terribles que habían dejado en la misma su huella leprosa.

-Esta es miss Kitty Winter -dijo Shinwell Johnson, con un vaivén de la gruesa mano a modo de presentación-. Lo que ella no sepa...; bueno, ella misma hablará. Antes de una hora de haber recibido su mensaje le eché el guante, míster Holmes.

-Es fácil dar conmigo -dijo la joven-. Yo siempre estoy en el garito. Como este gordo de Shinwell. Gordo, somos viejos camaradas tú y yo. Pero por vida mía, que hay otra persona que si hubiese la menor justicia en el mundo debería encontrarse en un infierno todavía más profundo que el nuestro. Es el hombre detrás del que usted anda, míster Holmes.

Holmes se sonrió, y dijo:

-Miss Winter, me parece que contamos con su simpatía.

-Si yo puedo ayudar a que ese hombre vaya a donde debe ir, cuenten conmigo hasta el último estertor -dijo nuestra visitante con furiosa energía.

Su cara pálida y resuelta y sus ojos llameantes mostraban un odio tan intenso como rara vez una mujer y jamás un hombre pueden alcanzar.

_Mister Holmes, no hace falta que remueva usted mi pasado. No es ni de aquí ni de allá. Yo soy lo que Adelbert Gruner hizo de mí. ¡Si yo pudiese tirarlo por tierra! –sus manos, como garras, se aferraron con frenesí al aire-. ¡Oh, si yo pudiera arrastrarlo al foso adonde él ha empujado a tantas!

-¿Está usted enterada del asunto?

-El gordo Shinwell me lo ha contado. Por lo visto anda esta vez detrás de una pobre tonta y quiere casarse con ella. Usted desea impedirlo. Bien, pero es seguro que usted conoce lo bastante acerca de ese canalla para impedir a cualquier chica decente y que esté en sus cabales inscribirse en la misma parroquia que él.

-Pero ella no está en sus cabales, sino locamente enamorada. Se le ha dicho de él todo lo que hay que decir, y nada le importa.

-¿También lo del asesinato?

-Sí.

-Por vida mía, que debe de ser muchacha valiente!

-Dice que todo son calumnias.

-Pero ¿no puede usted meterle por sus ojos de idiota las pruebas?

-Bien, ¿puede usted ayudarnos en esa tarea?

-¿No soy yo misma una prueba? Con sólo que me pongan delante de ella y yo le cuente de qué manera me trató...

-¿Está usted dispuesta a hacerlo?

_;Que si estoy dispuesta? ¡Cómo piensa que no voy a estarlo!

-Quizá valiera la pena intentarlo. Pero ese hombre le ha contado gran parte de sus culpas y ella le ha perdonado, y tengo entendido que no está dispuesta a abrir nueva discusión acerca del asunto.

-Apuesto cualquier cosa a que él no le ha contado todo.

Aparte de ese asesinato que tanto dio que hablar, yo entreví uno o dos más. Me habló en más de una ocasión de alguien, con sus maneras aterciopeladas, y luego me miró fijamente y me dijo: «Al mes de eso murió.» La cosa no era como para tranquilizarla a una, pero yo no le di mucha importancia, porque en aquel entonces estaba enamorada de él. A mí me parecía bien todo lo que él hacía, lo mismo que ahora le parece a esa pobre loca. Una sola cosa me produjo impresión profunda, y, por vida mía, que de no haber sido por ésa su lengua venenosa y embustera que sabe encontrar explicación para todo y que todo lo suaviza, aquella misma noche me habría largado yo de su lado. Me refiero a un libro que él tiene. un libro de pastas de cuero color castaño con un cierre y su escudo grabado en oro en la parte de fuera. Creo que aquella noche estaba un poco borracho, o, de lo contrario, no me lo habría enseñado.

-¿Y qué libro era ése?

-Mire, míster Holmes, este individuo colecciona mujeres y se enorgullece de su colección, de a misma manera que algunos hombres coleccionan polillas y mariposas.

En ese libro suyo tenía registrado todo: fotografías instantáneas, nombres, detalles, todos los datos acerca de esas mujeres. Era un libro repugnante; un libro que ningún hombre, ni aunque procediera del arroyo, habría sido capaz de reunir. Sin embargo, era el libro de Adelbert Gruner. Almas que he arruinado. Ése es el título que habría podido inscribir en la portada, si se le hubiese ocurrido. Sin embargo, con eso no vamos a ninguna parte, porque ese libro no le servirá a usted de nada, y si le sirviese no podría hacerse con él.

-¿Dónde está ese libro?

-¿Cómo puedo yo decirle donde está ahora? Hace más de un año que me aparté de ese hombre. Sé donde lo guardaba entonces. Gruner es en muchos aspectos un gato limpio y cuidadoso, de modo que quizá siga estando en uno de los compartimientos del escritorio antiguo que tiene en su despacho interior. ¿Conoce usted la casa del barón?

-He estado en su despacho -dijo Holmes.

-¿Ah, sí? Pues la verdad que se ha movido usted mucho para no haber empezado la tarea sino esta mañana. El despacho exterior es aquel en que exhibe las porcelanas de China; un gran armario de cristal entre las ventanas. Detrás de su mesa esta la puerta por la que se pasa al despacho interior; un cuartito donde guarda documentos y cosas.

-¿No teme a los ladrones?

-Adelbert no es - cobarde. Ni el peor enemigo suyo podría afirmar eso de él. Sabe guardarse. Por la noche funciona un timbre de alarma contra los ladrones. Además, ¿qué hay allí que pueda interesar a un ladrón, corno no se llevase todos sus cacharros de fantasía?

-Eso no sirve para nada. Ningún perista admite artículos que no pueda ni fundir ni vender

-dijo ShínweIl Johnson, con el acento sentencioso de un técnico en la materia.

-Así es, en efecto -dijo Holmes-. Bueno, miss Winter, si usted quisiese venir hasta aquí mañana por la tarde a las cinco, meditaré de aquí a entonces en si es posible combinar una entrevista personal suya con esa otra joven. Le quedo extraordinariamente agradecido por su cooperación. No necesito decirle que misclientes se mostrarán espléndidos en...

-Ni hablar de eso, míster Holmes -exclamó la joven-. Yo no he salido a ganar dinero. Con tal de que vea a ese hombre en el fango, me consideraré pagada por mi trabajo... En el fango y pisoteándole yo su maldita cara. Ese es mi precio. Estaré a su disposición mañana o cualquier otro día, mientras usted le persigue. Aquí, el gordo, le dirá siempre dónde puede encontrarme.

No volví a ver a Holmes hasta la noche siguiente, en que volvimos a cenar en nuestro restaurante del Strand. Cuando yo le pregunté cómo le había ido en su entrevista, se encogió de hombros. Acto continuo me hizo el relato, que yo voy a repetir, como luego se verá, porque su exposición dura y seca necesita alguna ligera manipulación para suavizarla y darle verdadera vida.

-No tuve dificultad alguna en conseguir la cita, porque la muchacha está en sus glorias dando pruebas de obediencia filial abyecta en todo lo secundario, para de ese modo hacerse perdonar su flagrante desobediencia en lo referente a su compromiso matrimonial. El general me telefoneó que todo estaba listo, y la arrebatada miss Winter acudió puntual, de modo que a las cinco y media nos dejó un coche frente al número ciento cuatro de la plaza de Berkeley, donde reside el veterano soldado, en uno de esos castillos londinenses espantosamente grises, junto a los cuales las iglesias parecen edificios frívolos. Un lacayo nos pasó a una gran sala de cortinajes amarillos, y en ella nos esperaba la joven grave, pálida, reservada; tan inflexible y tan lejana como una estatua de nieve en lo alto de una montaña. Yo no acierto verdaderamente con el medio de retratársela a usted, Watson. Quizá tenga usted ocasión de conocerla antes de que terminemos con este asunto, y entonces podrá usted servirse de su propio caudal de palabras. Es hermosa, pero con la hermosura etérea de un transmundo, propia de una fanática que tiene puestos sus pensamientos en las alturas. He visto caras así en los cuadros de viejos pintores de la Edad Media.

A mii no me cabe en la cabeza cómo un hombre bestial haya podido poner sus garras repugnantes en un ser como ése. Quizá se haya fijado ya en que los extremos se atraen, lo espiritual hacia lo animal, el hombre de las cavernas hacia el ángel. Pero jamás habrá visto usted contraste peor que éste... Ella sabía a lo que íbamos, como es natural; porque aquel canalla no había dejado pasar tiempo para acudir a envenenar su alma contra nosotros. Creo que sí, que la asombró bastante la visita de miss Winter, pero nos indicó con un vaivén de la mano que nos sentásemos en nuestras sillas correspondientes, cómo lo haría una reverenda madre abadesa al recibir la visita de dos mendigos bastante lacerados. Querido Watson, si su cerebro se siente inclinado a encresparse, tome lecciones de Violeta de Merville. «Bien, señor

-me dijo con una voz que se parecía al viento que sopla desde un témpano de hielo-;

lo conozco ya mucho de nombre. Según creo, ha venido usted a visitarme para denigrar a mi prometido, el barón Gruner. Le he recibido a usted únicamente por deseo expreso de mi padre, y le advierto por adelantado que nada de lo que pueda decirme ejercerá la más ligera impresión sobre mi voluntad.» Le ti ¡ve compasión, Watson. En aquel momento pensé en ella como habría pensado en una hija mía. Rara vez soy elocuente. Yo manejo mi cerebro, no mi corazón. Pero la verdad es que empleé con ella las frases más calurosas que fui capaz de encontrar en mi manera de ser. Le pinté la situación espantosa de la mujer que se despierta para conocer el verdadero carácter de un hombre después de que ya es su esposa; de una mujer que tiene que resignarse a ser acariciada por manos manchadas de sangre y labios de sanguijuela. No me olvidé de nada; de la vergüenza, del terror, de la angustia, de la irremediabilidad de todo ello. Mis frases conmovidas no consiguieron teñir con una sola pincelada de color aquellas mejillas de marfil, ni hacer que en sus ojos ensimismados brillase un solo destello de emoción. Recordé lo que aquel canalla me había dicho acerca de la influencia poshipnótica. Se hubiera dicho que la joven vivía por encima de lo terrenal en un sueño de éxtasis. «Míster Holmes -me dijo-, le he escuchado con paciencia. El efecto que ha producido en mi voluntad es exactamente el que yo le anuncié. Sé ya que Adelbert, mi prometido, ha llevado una vida tempestuosa y que en el transcurso de la misma ha despertado odios enconados y ha sido víctima de los más injustos ataques. Usted es el último de una serie de personas que ha expuesto ante mí sus calumnias. Quizá su intención sea buena, aunque me consta que es usted un agente a sueldo que actuaría de la misma manera a favor que en contra del barón. En todo caso, quiero que sepa de una vez y para siempre que yo le amo y que él me ama, y que la opinión del mundo entero no representa para mí cosa superior a los gorjeos de esos pájaros que hay en la parte de afuera de mi

ventana. Si su noble alma ha tenido en algún momento una caída, quizás esté yo especialmente destinada a levantarla hasta su elevado y auténtico nivel.» De pronto, volvió sus ojos hacia mi acompañante y dijo: «No me imagino quién pueda ser esta joven.

» Iba yo a responderle cuando la muchacha estalló lo mismo que un torbellino. Si alguna vez la llama y el hielo se han visto frente a frente fue cuando se vieron de ese modo aquellas dos mujeres. Yo le voy a decir quién soy

-gritó miss Winter, saltando de su asiento con la boca contorsionada de furor- Soy su última amante. Soy una del centenar de mujeres que él ha tentado, que él ha gozado, que él ha arruinado y arrojado luego a la basura, como lo hará con usted, aunque el montón de basura al que usted irá a parar será probablemente el sepulcro, y en eso tendrá usted suerte. Le digo, mujer estúpida, que casarse con ese hombre equivale para usted a la muerte. Le despedazará el corazón o le retorcerá el cuello, pero de una manera o de otra, la matará. No hablo por amor a usted. Me importa un rábano que usted viva o que usted muera. Hablo por odio a él, para escupirle, para hacerle sufrir lo que él me ha hecho sufrir a mí; pero me da igual, mi elegante joven, y no me mire de esa manera, porque para cuando termine su asunto quizás haya caído usted todavía más bajo que yo». «Preferiría no hablar de estas cosas -dijo con frialdad miss De Merville-. Permítame que le diga que estoy enterada de tres episodios de la vida de mi novio en los que se vio enzarzado en las redes de mujeres calculadoras, y que estoy segura de que se encuentra cordialmente arrepentido de todo el daño que él haya podido ocasionar» «¡Tres episodios! -gritó mi acompañante-. ¡Estúpida!

¡Estúpida rematada!» «Míster Holmes, yo le suplico que pongamos fin a esta entrevista -dijo la voz de hielo-. He obedecido al deseo de mi padre aceptando entrevistarme con usted, pero no me creo obligada a escuchar los delirios de esta individua.» Miss Winter se abalanzó, lanzando una blasfemia, y si yo no la hubiese sujetado por la muñeca, habría agarrado por el moño a aquella mujer capaz de sacar de quicio a cualquiera. Tiré de miss Winter hacia la puerta, y tuve la buena suerte de volver a meterla en el coche sin dar lugar a un escándalo público, porque estaba fuera de sí de rabia. También yo, dentro de mi frialdad, me sentía irritadísimo, porque la superioridad y la suprema complacencia en sí misma de la mujer a la que intentábamos salvar tenían un algo de indeciblemente molesto. Ya sabe usted, pues, otra vez cuál es la situación y es evidente que necesito preparar otra jugada de salida, porque este gambito ya no sirve. Me mantendré en contacto con usted, Watson, porque es más que probable que tenga que representar un papel en la obra, aunque quizás es también posible que la próxima jugada la hagan ellos más bien que nosotros.

Y la hicieron. Descargaron el golpe, o mejor dicho, lo descargó, porque jamás he podido creer que la dama pudiera ser copartícipe del mismo. Creo que aún hoy podría señalar la losa de la acera en que yo estaba cuando mis ojos se posaron en el cartelón anunciador, con un sentimiento angustioso de horror que traspasó mi alma.

Fue entre el Gran Hotel y la estación de Charing Cross donde un vendedor de periódicos, al que le faltaba una pierna, tenla expuestos los periódicos de la tarde. Era exactamente dos días después de nuestra última conversación. Creo que permanecí unos momentos como atontado por un golpe. Conservo luego el confuso recuerdo de que eché mano violentamente a un periódico, de que el vendedor me reprendió, porque no le había pagado, y, por último, de que me detuve en la puerta de entrada de una farmacia, mientras encontraba la funesta gacetilla. La terrible hoja anunciadora de las noticias decía en letra negra sobre fondo amarillo:

MORTAL AGRESIÓN
CONTRA
SHERLOCK HOLMES

«Nos enteramos, con pesar, de que el conocidísimo detective particular míster Sherlock Holmes ha sido víctima esta mañana de una mortal agresión, de resultas de la cual ha quedado en estado grave. No se poseen detalles exactos acerca del suceso, pero debió de ocurrir en la calle Regent a eso de las doce de la noche, frente al café Royal. La agresión fue llevada a cabo por dos hombres armados de bastones, y míster Holmes fue golpeado en la cabeza y en el cuerpo, recibiendo heridas que los médicos califican de muy graves. Fue conducido al hospital de Charing Cross, y después insistió en que le condujesen a sus habitaciones de la calle Baker. Según parece, los malhechores que le agredieron eran hombres bien vestidos, que luego se pusieron a salvo de las personas que presenciaron el caso, metiéndose por el café Royal y saliendo de éste por la parte trasera, a la calle Glasshouse. Pertenecen, sin duda alguna, a la cofradía de criminales que tantas veces ha tenido que lamentar la actividad y la destreza desplegadas por el agredido.»

No haré falta decir que casi sin acabar de leer la noticia salté a un hansom y me lancé camino de la calle Baker. Encontré en el vestíbulo al célebre cirujano sir Leslie Oakshott, cuyo coche brougham esperaba junto al bordillo de la apera.

-No existe peligro inmediato -fue el informe suyo- Dos heridas con desgarro en el cuero cabelludo y varios magullamientos importantes. Ha sido preciso darle varios puntos de sutura. Le ha sido inyectada al morfina y es esencial la tranquilidad, aunque no esté prohibida radica - mente una entrevista de algunos minutos.

Con tal autorización me metí calladamente en el cuarto, que estaba medio a oscuras. El paciente estaba completamente despierto, y oí que me llamaba con un áspero cuchicheo. La cortinilla estaba bajada una cuarta parte de la altura de la ventana, dejando pasar de soslayo un rayo de sol que iba a proyectarse sobre la vendada cabeza del herido. La blanca compresa de hilo se había empapado de sangre y mostraba un manchón purpúreo.

Me senté junto a la cama e incliné mi cabeza.

-Perfectamente, Watson. No ponga esa cara de asustado -murmuró con voz débil-.

La cosa no está tan mal como parece.

-¡Gracias sean dadas a Dios!

-Yo entiendo algo de la lucha con bastón, corno usted sabe, y la mayoría de los bastonazos los recibí con mis brazos en posición de guardia. Con el que no pude es con el segundo enemigo.

-¿Qué puedo hacer, Holmes? No cabe duda de que fueron enviados por ese maldito individuo. Iré y lo despellejaré a latigazos si usted me lo ordena.

-¡Bueno y querido Watson! No, sobre eso nada podemos hacer mientras la policía no les eche el guante a esos hombres. Tenían bien preparada la retirada. De eso podemos estar bien seguros. Espere un poco. Tengo trazados mis planes. Lo primero que es preciso hacer es exagerar mis heridas. Vendrán a pedirle noticias. Exagere de firme, Watson. Será mucha suerte si yo llego hasta el fin de la semana, rotura de cráneo, delirio, lo que guste. Nunca exagerará demasiado.

-Pero ¿y sir Leslie Oakshott?

-No dirá nada. Se fijará en lo peor de mi estado. Ya me cuidaré yo de ello.

-¿Nada más?

-Sí. Avise a Shinwell Johnson que cuide de apartar de la circulación a la muchacha.

Esos elegantes la andarán buscando. Saben, como es natural, que ella me acompañó. Si se atrevieron a meterse conmigo, no es probable que se olviden de ella.

Es cosa urgente. Hágalo esta misma noche.

-Ahora mismo iré. ¿Algo más?

-Coloque encima de la mesa mi pipa y la bolsita del tabaco, ¡muy bien! Venga por aquí todas las mañanas y haremos nuestro plan de campaña.

Me las entendí con Johnson aquella misma noche para que llevase a miss Winter a un barrio tranquilo, y que tuviese cuidado de que ella permaneciera agazapada hasta que pasase el peligro.

El público estuvo durante seis días bajo la impresión de que Holmes se encontraba a las puertas de la muerte. Los boletines eran muy graves y en los periódicos aparecían gacetillas siniestras. Mis constantes visitas me daban a mí la seguridad de que la cosa no era tan seria. Su férrea constitución y su voluntad resuelta realizaban milagros. Se recobraba rápidamente, y en ocasiones llegaba yo a sospechar que se rehacía más rápidamente aún de lo que quería hacerme creer a mí. Había en aquel hombre una curiosa tendencia al secreto que solía producir muchos efectos dramáticos, pero que dejaba incluso a su más íntimo amigo haciendo cábalas sobre cuáles serían sus verdaderos planes. Holmes llevaba hasta el límite extremo el axioma de que el único conjurado que está seguro es el que lleva él solo una conjura. Yo me encontraba más próximo a él que nadie y, sin embargo, tenía en todo momento la sensación de la grieta que nos separaba.

Al séptimo día le quitaron los puntos de sutura, a pesar de lo cual, los periódicos de la noche hablaban de erisipela. Los mismos periódicos de la noche trataban otra noticia que yo tenía por fuerza que llevar a mi amigo, lo mismo si estaba sano que si estaba enfermo. En la

lista de pasajeros del barco de la «Cunard», el Ruritania, que zarpaba el viernes de Liverpool, figuraba el barón Adelbert Gruner, que tenía que cerrar en los Estados Unidos importantes transacciones financieras antes de su boda inminente con miss Violeta de Merville, única hija de, etcétera, etcétera. Holmes escuchó la noticia con una expresión fría y reconcentrada en su cara pálida.

Comprendí que le había herido en lo vivo.

-¡El viernes! -exclamó-. ¡Tres días disponibles tan sólo! Yo creo que el muy canalla quiere zafarse del peligro. ¡Pero no lo conseguirá, Watson! ¡Por todos los diablos, que no lo conseguirá! Watson, quiero que haga usted algo que ahora voy a decirle.

-Estoy aquí para servirle, Holmes.

-Invierta usted las próximas veinticuatro horas en un estudio intensivo de las porcelanas de la China.

No me dio ninguna explicación, ni yo se la pedí, Una larga experiencia me había enseñado la sabiduría de la obediencia. Pero cuando salía de su habitación fui caminando por la calle Baker adelante, dándole vueltas en mi cabeza a la idea de cómo me las iba yo a arreglar para cumplir aquella orden tan rara. Acabé haciéndome llevar en coche hasta la Biblioteca de Londres, en la plaza Saint James, consulté el caso con el segundo bibliotecario, Lomax, amigo mío, y salí de allí rumbo a mis habitaciones con un libraco bajo el brazo.

Suele decirse que el abogado criminalista que prepara su caso, atiborrándose de datos como para interrogar el lunes a un testigo hábil, se olvida por completo de todos aquellos conocimientos forzados antes del sábado. Desde luego que yo no pretendo pasar hoy por una autoridad en cuestiones de cerámica. Sin embargo, toda aquella tarde, y toda aquella noche, con un corto intervalo para descansar, y toda la mañana siguiente me la pasé sorbiendo datos y cargando mi memoria de nombres. Aprendí en aquel libro los contrastes de los grandes artistas decoradores, el misterio de las fechas cíclicas, las características del Huná-wu y las bellezas del Yung-lo, los escritos de Tang-ving y las magnificencias del primitivo período del Sung y del Yuan. Cuando fui a visitar a Holmes a la mañana siguiente, iba yo cargado con todos aquellos conocimientos. Se había levantado ya de la cama, aunque nadie lo habría dicho a juzgar por los partes médicos publicados, y estaba hundido en su sillón favorito, apoyando su cabeza llena de vendajes en la mano.

-Pero, Holmes; si uno fuera a creer a los periódicos pensaría que está usted agonizando -le dije.

-Esa es precisamente la impresión que yo deseo producir. Y ahora dígame, Watson: ¿ha aprendido usted sus lecciones?

-Por lo menos lo he intentado.

-Pues entonces tráigame esa cajita que hay encima de la repisa de Iii chimenea.

Abrió la tapa y sacó del interior un objeto pequeño, envuelto con sunio cuidado en fina tela de seda oriental. Desenvolvió ésta y quedó a la vista un fino platillo del más bello color azul oscuro.

-Es preciso manejarlo con sumo cuidado, Watson. Es una auténtica porcelana cáscara de huevo de la dinastía Ming. Es la pieza más fina que ha pasado por la casa Christie. Un juego completo valdría como para pagar el rescate de un rey; a decir verdad, es dudoso que exista un solo juego completo fuera del palacio imperial de Pekín. Un verdadero entendido se saldría de sus casillas viendo este platillo.

-¿Y qué he de hacer con él?

Holmes me entregó una tarjeta en la que estaban escritas estas palabras:

Dr. Hill Barton, 369 Half Moon Street

-Así es corno usted se llamará por esta noche, Watson. Irá usted a visitar al barón Gruner. Estoy bastante enterado de sus costumbres y es probable que a las ocho y media se encuentre desocupado. Se le avisará por adelantado con una carta que usted va a pasar a visitarle, y usted le dirá que le lleva un ejemplar de un juego absolutamente único de porcelana Ming. Puede usted incluso afirmar que es médico, porque ése es un papel que representa usted sin duplicidad. Usted es coleccionista, el juego en cuestión vino a parar a sus

manos, ha oído hablar del interés que el barón se toma en este asunto, y no tendría inconveniente en vendérselo si se ponen de acuerdo en el precio.

-¿En qué precio?

-Bien preguntado, Watson. Es seguro que si usted no conoce el valor de lo que vende, podría quedarse muy por debajo en el pedir. Ha sido sir James quien me ha proporcionado este platito que procede, según yo creo, de la colección de su cliente.

Si usted le dice que es difícil encontrar cosa igual en el mundo no exagerará.

-Tal vez convendría que le ofreciese someter la tasación a un perito

-¡Magnifico, Watson! Hoy tiene usted verdaderos destellos. Sugiérale a Christie o a Sotheby. Su delicadeza le veda ponerle usted mismo precio.

-¿Y si no me recibe?

-Sí que le recibirá. Tiene la manía coleccionista en su forma más aguda, y especialmente en Porcelanas, asunto en el que está reconocido como una autoridad.

Siéntese, Watson, que voy a dictarle yo mismo la carta. No necesita contestación. Se limitará a decirle que va usted a visitarle y con objeto.

El documento resultó admirable, breve, corté s y estimulador de la curiosidad del especialista. Llevólo un mensajero de distrito a su debido tiempo. Aquella misma noche, con el precioso platillo en la mano y la tarjeta del doctor Hill Barton en el bolsillo, me lancé a la aventura.

La magnificencia del edificio y del parque daban a entender, como sir James había dicho, que el barón Gruner era hombre de considerable fortuna. Una larga y serpenteante avenida de carruajes, bordeada a uno y otro lado por arbustos raros, desembocaba en una espaciosa plaza engravillada y decorada con estatuas. La finca había sido levantada por un rey del oro de Sudáfrica, en la época del auge febril de las minas, y el edificio, largo y de poca altura, con torrecillas en los ángulos, imponía

por su volumen y por su solidez, aunque fuese una pesadilla arquitectónica. Un mayordomo, que habría constituido un ornamento en un tribunal de obispos, me hizo pasar y me puso en manos de un lacayo de librea de felpa, que me llevó a presencia del barón.

Se hallaba en pie delante de una gran vitrina, cuya parte frontal estaba abierta, entre dos ventanas, y que contenía una parte de su colección de porcelanas chinas.

Al entrar se volvió con un jarroncito de color castaño en la mano.

-Haga el favor de sentarse, doctor -me dijo- Estaba haciendo un inventario de mis tesoros y preguntándome si realmente puedo permitirme agregarles otros ejemplares.

Quizá le interese este pequeño Tang, que data del siglo diecisiete. Tengo la seguridad de que jamás vio usted trabajo más no y esmalte más rico. ¿Trae usted encima el platillo Ming del que me hablaba?

Lo desenvolví con gran cuidado y se lo entregué. Se sentó frente a su escritorio, acercó la lámpara, porque ya estaba oscureciendo, y se puso a examinarlo. En esta actitud, la luz amarilla proyectábase sobre sus facciones, y pude estudiarlas a placer.

Era, sin duda, un hombre de extraordinaria belleza. Bien merecida tenía la celebridad que en Europa había adquirido de hombre bello. No pasaba de estatura mediana, pero era esbelto y lleno de vitalidad, Era (te tez morena, casi oriental y ojazos negros, lánguidos, que muy bien podían ejercer una fascinación irresistible sobre las mujeres. Sus cabellos y su bigote eran de un color negro de cuervo, y este último era corto, puntiagudo y bien cosmetizado. Tenía facciones proporcionadas y agradables, a excepción de su boca, de labios rectos y delgados. Si alguna vez he visto yo una boca de asesino era, sin duda, aquélla; un tajo en la cara cruel, duro, de bordes apretados, inexorable y terrible. Obraba como mal aconsejado al impedir que el bigote la disimulase, tapándola, porque era como la señal de peligro puesta por la naturaleza como una advertencia a sus víctimas. Su voz era atrayente y sus maneras, perfectas. Le calculé muy poco más de treinta años, aunque luego se vio por su documentación que tenía cuarenta y dos.

-¡Precioso, verdaderamente precioso! -dijo por último-. De modo que tiene usted un juego de seis servicios. Lo que me desconcierta es que no haya oído yo hablar hasta ahora de la existencia de tan magníficos ejemplares. Solo un juego conozco en Inglaterra que pueda

comparase con éste, pero no existe probabilidad alguna de que salga al mercado. ¿Sería indiscreción, doctor Hill Barton, preguntarle como llegó a poder suyo esta rara y valiosa pieza!

-¿Tiene eso alguna importancia? -le dije adoptando el aire de mayor despreocupación de que me fue posible revestirme-. Usted ha comprobado que se trata de una pieza auténtica y, por lo que respecta al precio, me conformo con que sea tasada por un experto.

-Resulta sumamente misterioso -dijo, y en sus ojos negros relampagueó una súbita sospecha- En una transacción de objetos de tanto valor, es natural que uno desee informarse bien de todos los detalles. No hay duda de que se trata de un ejemplar legítimo. Sobre eso tengo completa seguridad. Pero no tengo más remedio que encararme con todas las posibilidades: ¿y si luego resulta que no tenia usted derecho a vender el juego?

-Estoy dispuesto a darle una garantía contra toda reclamación de esa clase.

-Lo cual nos trae a plantear la cuestión del valor que tiene esa garantía suya.

-Sobre ese extremo le contestarían mis banqueros.

-Así es, pero con todo y con eso, esta transacción se me antoja fuera de lo normal.

-Puede usted tomarlo o dejarlo -le dije yo con indiferencia- Es usted el primero a quien se lo he ofrecido, porque sabía que es usted un entendido en la materia; pero no tendré dificultad alguna en venderlo a otras personas.

-¿Quién le informó de que yo era un entendido?

-Supe que había usted escrito un libro acerca de esta materia.

-¿Ha leído ese libro?

-No.

-¡Por vida mía, que esto me resulta cada vez más difícil de entender? Es usted un entendido y un coleccionista que tiene en su colección un ejemplar valiosísimo, y, sin embargo, no se molesta en consultar el único libro que podía haberle explicado el verdadero alcance y el valor de lo que tenía entre manos. ¿Qué explicación me da usted de eso?

-Yo soy hombre muy atareado. Soy médico establecido.

- Eso no es responder. Cuando un hombre tiene Lina afición la sigue hasta el final, sean las que fueren sus demás actividades. En su carta me decía usted que es entendido en la materia.

-Y lo soy.

-¿Me permite que le haga algunas preguntas?. Doctor, no tengo más remedio que decirle que este incidente me está resultando cada vez más sospechoso: digo, doctor, por si, en efecto, lo es usted. Dígame: ¿qué sabe usted del emperador Shormi y de qué manera lo relaciona usted con el Shoso-in, cerca de Nara? Qué, ¿le desconcierta? Cuénteme algo de la dinastía norteña de Wei y del lugar que ocupa en la historia de las cerámicas.

Salté con rapidez de mi asiento, simulando irritación, y dije:

-Esto es intolerable, señor. Vine con el propósito de hacerle a usted un favor, y no para que me examinase lo mismo que si yo fuera un niño de escuela. Quizá mis conocimientos sobre la materia sólo cedan a los de usted, pero no estoy dispuesto, desde luego, a contestar a preguntas que se me hacen de modo tan ofensivo.

Clavó su vista en mí. Había desaparecido de sus ojos la languidez. Centellearon súbitamente. Entre sus labios crueles había un brillo de dientes.

-¿Qué juego se trae? Usted ha entrado aquí como espía. Usted es un emisario de Holmes. Es una añagaza que me están jugando. Tengo entendido que el individuo en cuestión se está muriendo, y por eso, sin duda, destaca a instrumentos suyos a fin de que me vigilen. Vive Dios, que ha entrado usted hasta aquí sin permiso, pero le va a resultar más difícil salir que entrar.

Saltó en pie y yo retrocedí, preparándome para hacer frente a su agresión, porque el individuo estaba fuera de sí de furor. Quizá sospechó de mí desde el primer instante; desde luego, el interrogatorio le había hecho comprender la verdad; era evidente que yo no podía tener esperanzas de engañarle. Hundió la mano en un cajón lateral y revolvió furiosamente en el interior. Pero, de pronto, algo debió de llegar hasta su oído, porque se quedo inmóvil, escuchando atentamente.

- ¡Ah! -exclamó-. ¡Ah! -y se precipitó dentro del cuarto, cuya puerta quedaba a sus espaldas.

Llegué en dos zancadas hasta la puerta abierta. Jamás perderá claridad en mi imaginación el cuadro que allí presencié. La ventana por la que se salía al jardín estaba abierta de par en par. Junto a ella, produciendo la impresión de un fantasma terrible, con la cabeza envuelta en vendajes manchados de sangre, la cara enjuta y blanca, estaba Sherlock Holmes. Un instante después había desaparecido por aquella abertura, y llegó a mis oídos el chasquido de los arbustos de laurel al caer sobre ellos su cuerpo. El dueño de la casa dejó escapar un alarido de rabia y corrió hacia la ventana abierta para perseguirle.

¡Y en ese instante ... ! Porque fue en un instante, sí, pero yo lo vi con toda claridad.

Un brazo, un brazo de mujer salió con ímpetu de entre las hojas. Casi en el acto dejó escapar el barón un grito espantoso; un chillido que resonará siempre en mi memoria.

Se llevó con estrépito sus dos manos a la cara y se puso a correr por la habitación, golpeándose con la cabeza en las paredes. Luego cayó sobre la alfombra, rodando sobre sí mismo y retorciéndose mientras sus alaridos, en ininterrumpida sucesión, llenaban toda la casa.

-¡Agua, por amor de Dios, agua! -gritaba.

Eché mano a un botellón que había en una mesa lateral y corrí en socorro suyo. En ese mismo instante acudieron corriendo desde el vestíbulo el mayordomo y varios lacayos. Recuerdo que uno de ellos se desmayó al arrodillarse junto al herido y volver hacia la luz de la lámpara aquel rostro que causaba horror. El vitriolo iba carcomiéndolo por todas partes, goteando desde las orejas y la barbilla. Uno de los ojos estaba ya blanco y como convertido en cristal. El otro estaba rojo e inflamado.

Las facciones que momentos antes me habían producido admiración, eran corno un bellísimo cuadro sobre cuya superficie había pasado el artista una esponja húmeda de inmundicias. Se habían desdibujado, deshumanizado, perdido el color, vuelto espantosas.

Yo expliqué en pocas palabras lo que había ocurrido, sólo en lo referente al ataque con vitriolo. Unos saltaron por la ventana y otros salieron corriendo por la pradera, pero había oscurecido ya y empezaba a llover. Entre alarido y alarido, la víctima se enfurecía con la vengadora I exclamando:

-Fue Kitty Winter, esa gata infernal de Kitty Winter. ¡Endemoniada mujer! ¡Lo pagará, lo pagará! ¡Dios del cielo, este dolor es superior a mis fuerzas!

Le lavé la cara con aceite, apliqué algodón en rama a las superficies en carne viva y le inyecté morfina por vía hipodérmica. La terrible expresión había hecho desaparecer de su mente todo recelo acerca de mí; se aferraba a mis manos como si aun en esa situación tuviera yo poder a aquellos ojos de pez muerto que se volvían queriendo mirarme. Aquella destrucción me habría arrancado lágrimas, si yo no hubiera tenido bien presente la vida vergonzosa que había, traído como consecuencia un cambio tan horrendo. Me repugnaba aquel apretar de sus manos abrasadoras, y sentí alivio cuando el médico de cabecera, seguido inmediatamente por un especialista, se presentaron para relevarme. También llegó un inspector de policía, al que yo entregue mi verdadera tarjeta. Habría sido tan inútil como absurdo el obrar de otro modo, porque en Scotland Yard me conocían de vista casi tanto como a Holmes. Luego abandoné aquella casa de tristeza y de horror. Antes de una hora me encontraba en la calle Baker.

Holmes estaba sentado en su silla de siempre; parecí a muy pálido y agotado. Con independencia de sus heridas, hasta sus nervios de hierro habían sido sacudidos por los acontecimientos de aquella velada. Escuchó con espanto el relato que le hice de la transformación sufrida por el barón.

-¡Así paga el demonio, Watson, así paga el demonio! -me dijo-. Más pronto o más tarde, ocurre siempre eso mismo. Bien sabe Dios, que los pecados eran muchos -agregó, agarrando de la mesa un volumen color castaño-. Este es el libro del que nos habló aquella mujer. Si esto no logra deshacer la boda, nada habrá capaz de lograrlo.

Pero la deshará, Watson. No tiene más remedio. Ninguna mujer que se respete será capaz de mostrarse insensible.

-¿Es el Diario de sus amores?

O el Diario de sus lascivias. Llámelo como mejo le parezca. En cuanto esa mujer nos habló de este libro, me di cuenta de que teníamos un arma terrible si conseguía hacerme con el mismo. En aquel entonces nada dije en que se pudiera transparentar mi pensamiento, porque la mujer hubiera podido irse de la lengua. Pero medité mucho en tal libro. Después, la agresión de que fui victima me proporcionó la oportunidad de hacer creer al barón que no necesitaba ya adoptar precauciones en contra mía. Todo ello venía bien. Yo habría quizás esperado un poco más, pero su anunciado viaje a

Norteamérica me forzó a actuar de inmediato. Ese hombre no habría dejado aquí un documento tan comprometedor. Teníamos que acometer enseguida la empresa.

Escalar de noche la casa es imposible, porque ese hombre tornaba precauciones.

Pero había la posibilidad de hacerlo durante la velada, a condición de que yo consiguiese llamar su atención hacia otro lado. Ahí es donde entraron en escena usted y su platillo azul. Pero tenía que saber con seguridad el sitio en que se encontraba el libro; sólo dispondría de escasos minutos para poder actuar, porque mi tiempo estaba limitado por sus conocimientos de la cerámica china. En vista de eso, me hice acompañar en el último instante por la muchacha. ¿Cómo iba yo a suponer lo que llevaba en el paquetito tan cuidadosamente escondido debajo de la capa? Yo estaba en la creencia de que había venido a trabajar exclusivamente por cuenta mía, pero, por lo visto, ella también traía su negocio.

-Ese hombre adivinó que yo era un enviado de usted.

-Me lo temía, Lo cierto es que usted le entretuvo el tiempo suficiente para que yo me apoderase del libro, pero no lo suficiente para que yo huyese sin que nadie se diese cuenta... ¡Hola, sir Jarnes, me alegro mucho de que haya venido usted!

Nuestro cortés amigo se había presentado, respondiendo a una llamada previa, Escuchó con la más profunda atención el relato de lo ocurrido que le hizo Holmes.

-¡Es maravilloso lo hecho por usted, maravilloso! -exclamó al final-. Pero si esas heridas son tan graves como asegura el doctor Watson, se habrá conseguido nuestro propósito de romper esa boda sin necesidad de recurrir al empleo de este horrible libro.

Holmes movió negativamente la cabeza.

-Las mujeres del tipo de miss De Merville no actúan de ese modo. Le amaría todavía más si le consideraba como un mártir desfigurado. No, no. Lo que tenemos que destruir es su apariencia moral, no su apariencia física. Ese libro la hará bajar de las nubes a la tierra. Es lo único que puede conseguirlo. Está escrito de su puño y letra. Ella no puede hacerlo a un lado.

Sir Jarnes se llevó el libro y el precioso platillo. Como yo estaba ya en retraso, bajé con él a la calle. Esperaba a sir James un carruaje brougbam; subió al mismo, dio una orden rápida al escarapelado cochero, y el vehículo se alejó rápidamente. Sir James echó su gabán encima de la ventanilla de manera que la mitad que quedaba fuera cubría el escudo que ostentaba el panel, pero a pesar de ello, tuve yo tiempo de verlo, a la luz del abanico transparente de nuestra puerta. La sorpresa me dejó un instante sin aliento. Me di media vuelta y subí hasta el cuarto de Holmes, -He descubierto quién es nuestro cliente -exclamé, entrando de sopetón con mi gran noticia-. Sepa usted, Holmes, que es...

-Es un amigo leal y un hombre caballeresco -dijo Holmes alargando la mano para cortarme la palabra-. Baste con eso, ahora y siempre, entre nosotros.

Ignoro de qué manera se empleó el libro acusador. Quizá fue sir James el encargado de esa tarea, aunque es mas probable que, por lo delicado de la misma, le fuese encomendada al padre de la joven. Fuese como fuere, el efecto que produjo fue el que se buscaba. Tres días después apareció en The Morning Post una gacetilla anunciando que no tendría lugar la boda entre el barón Adelbert Gruner y miss Violeta de Merville. En el mismo número del periódico venía reseñada la primera vista ante el tribunal de policía, en la acusación contra miss Kitty Winter por el grave delito de lanzamiento de vitriolo. Fueron aportadas en esa causa tales atenuantes que, según se recordará, fue sentenciada a la mínima pena que podía serlo por delito semejante.

Sherlock Holmes se vio en peligro de ser acusado de robo con escalo, pero cuando la finalidad es noble y el cliente es lo bastante insigne, hasta la rígida justicia inglesa se

humaniza y se hace elástica. Mi amigo no ha tenido que comparecer hasta ahora en el banquillo.